

## **EL PASAJE DE LA ZARZA**

### **PARTE 6**

6 de noviembre de 2019

Gabriel Ferrer y Yolanda Rodríguez

Lucas 20: 37-38:

<sup>37</sup> Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob.

<sup>38</sup> Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.

En la prédica pasada hicimos dos preguntas que no logramos resolver, y hoy nos ocuparemos de ellas: (a) ¿Qué relación tiene la pregunta de los saduceos de Lucas 20 sobre la resurrección, con los pactos que hemos visto hasta el momento? Y (b) ¿Por qué el Señor les responde a los saduceos con el pasaje de la zarza y con las otras afirmaciones?

En cuanto a la primera pregunta, en la prédica pasada dijimos que el ataque de los saduceos con su historia y su pregunta, atentaba contra los ocho pactos que Dios concertó con la humanidad y que cumplirá totalmente, porque Él es fiel y verdadero.

Quiero recordar que lo que los saduceos le dijeron a Jesús, y lo que hicieron cuestionando y negando la resurrección de los muertos, socavaba todos los pactos del Señor, atentaba contra todos los ocho pactos, pues el cumplimiento de estos solo ocurrirá por la resurrección de los muertos y la primicia es Cristo, la Simiente prometida en el Pacto Adámico y Abrahámico.

Otro hecho que quiero recordar es que los saduceos le estaban diciendo a Jesús: no hay resurrección, por lo tanto, no hay cumplimiento de pactos, de las promesas, luego Dios es entonces mentiroso. Tremendo pecado que estaban cometiendo los saduceos. Finalmente, quiero recordar que debido a la gravedad y perversidad de las intenciones de los saduceos, el Señor da la respuesta poderosa sobre la resurrección.

En primer lugar, quiero decirle que los saduceos no tenían la intención de preguntar lo que preguntaron, sobre cuál sería el esposo de la mujer; y el Señor sabía esto, porque Él conoce los corazones, lo conoce todo. Los saduceos querían negar la resurrección, planteando una historia que parecía un dilema el cual no se podía resolver, a menos que el Señor aceptara que no había resurrección.

La tradición en la Iglesia ha creído, primero, que los saduceos estaban preguntando sobre quién sería el esposo de la mujer; y segundo, que el Señor Jesucristo respondió esta pregunta diciendo que de ninguno sería, porque en el Reino Eterno no habrá matrimonios. Pero esta es una creencia y una interpretación equivocadas de las Escrituras.

La Iglesia ha caído en la trampa y en el error de los saduceos, errando al ignorar las Escrituras y el poder de Dios. El Señor nunca pensó que los saduceos le estaban preguntando por el esposo de la mujer, pues el Señor sabía que ellos le querían poner tropiezo, como hacían los fariseos, pues Jesús supo desde el principio las intenciones perversas de los corazones de

los saduceos, quienes estaban dominados por los mismos demonios que tuvo Caín quien, sabiendo la causa de la pérdida del paraíso y conociendo el Pacto Edénico o de la creación, no le importó, sino que mató a su hermano Abel. A Caín no le importó la primogenitura, que se relacionaba con el gobierno, no le importó la tierra prometida, el Paraíso, no le importó la descendencia, pues, al apartarse de Dios, se negó a invocar el nombre del Señor y tuvo una descendencia, no solamente bajo la maldición del pecado como descendencia adámica, sino principalmente una descendencia regodeada en el pecado, orgullosa del pecado, que fornicó con la Tierra, con el mundo que el mismo Caín y su descendencia forjaron con las ciudades, la cultura, las artes y oficios; también fornicaron espiritualmente con todos los ídolos, los demonios que adoraron como dice Romanos capítulo 1; pero además fornicaron físicamente, porque el primero que rompió el pacto matrimonial que el Señor fundó en Edén, fue el descendiente de Caín, Lamec. Caín y su descendencia se negaron a adorar a Dios, a darle gloria, honra y acción de gracias. Caín y su descendencia amaron más la Tierra maldecida por el pecado, que la Tierra eterna de Dios; Caín y su descendencia vituperaron las promesas de Dios, blasfemaron de las promesas eternas del Señor y las rechazaron. Esto lo comprobamos en Judas 1: 10-11 (resaltado nuestro):

<sup>10</sup> Pero éstos **blasfeman** de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales.

<sup>11</sup> ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré.

Judas está hablando de los falsos maestros que enseñan falsas doctrinas, y por ello blasfeman; Judas los compara con Caín, Balaam y Coré; los tres

blasfemaron de las promesas del Señor y atacaron al pueblo de Dios, a los siervos de Dios, de la misma manera como lo saduceos lo estaban haciendo con el Señor Jesucristo y con el fundamento de la fe, que es la resurrección de los muertos.

Los saduceos tenían los demonios que tenía Esaú, quien menospreció la primogenitura y todas las promesas y pactos del Señor, pues amaba este mundo, la Tierra postdiluviana, las posesiones.

De tal manera que el Señor, conociendo los corazones de los saduceos, les respondió lo que ellos no creían, pues estaban llenos de incredulidad; el Señor les respondió que sí hay resurrección de muertos y que, por tanto, todas las promesas en Él se cumplirán, todos los pactos, pues son los hijos de resurrección quienes heredan las promesas.

Quiero que note cómo los saduceos eran burladores de las promesas del Señor, tal como los falsos maestros de los que habla Judas; leamos Judas 1: 17-18:

<sup>17</sup> Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo;

<sup>18</sup> los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos.

Hoy en día, hay saduceos que se burlan de las promesas del Señor, son los burladores del postrer tiempo, de los que habla aquí Judas y que el apóstol Pedro menciona en 2 de Pedro 3: 3-4:

<sup>3</sup> sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias,

<sup>4</sup> y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.

No solo hay burladores en el mundo, sino también dentro de la misma Iglesia la cual se ha vuelto insensible, ciega y sorda, llena de terrenalidad, de mundanalidad, de fornicaciones con la Tierra, con el mundo, con los demonios y de fornicaciones físicas. Los burladores son los que niegan que el Señor está a la puerta y está a punto de arrebatarse a la Iglesia, para darle todas las promesas y los pactos; los burladores del final de los tiempos son los que niegan estas promesas y estos pactos, como lo hicieron los saduceos cuando reiteraron el imperio de muerte de Satanás, y negaron la Tierra Nueva, la descendencia y el gobierno eternos del Señor. Y quiero regresar a las respuestas que el Señor les dio a los saduceos:

(1) Primera respuesta: El Señor les dijo a los saduceos que lo que ellos plantearon bajo la Ley, que es el matrimonio levirático, pertenece al Siglo malo o al presente siglo. Esto fue lo que dijo en Lucas 20: 34 (resaltados nuestros):

<sup>34</sup> Entonces respondiendo Jesús, les dijo: **Los hijos de este siglo** se casan, y se dan en casamiento...

Cuando el Señor dice “los hijos de este siglo”, se está refiriendo a la raza adámica, son los hijos del Siglo malo que inicia después del pecado de Adán hasta la Segunda Venida de Cristo. El Señor dice que los hijos de este Siglo malo practican el sistema de “casarse y darse en casamiento” como una

actividad completa; quiero que note que el Señor no estaba diciendo que los hijos de este siglo se casan y los hijos de este siglo se dan en casamiento, como si fueran dos actividades distintas. El Señor no dijo esto, porque “casarse”, el matrimonio entre un hombre y una mujer, lo instituyó el Señor en Edén antes del pecado cuando no había muerte, antes del Siglo malo; por lo tanto, “casarse” no es una práctica del Siglo malo; pero “casarse y darse en casamiento” sí es característico del Siglo malo, porque ya hay pecado y por ende, hay muerte; y, al morir el cónyuge, el otro quedaba libre para darse en casamiento.

El Señor le estaba diciendo a los saduceos que lo que ellos planteaban era el matrimonio levirático, de casarse y darse en casamiento.

(2) El Señor Jesucristo les estaba diciendo a los saduceos que cuando salgan los hijos de resurrección, al ya no haber más muerte, el matrimonio levirático (casarse y darse en casamiento) no funcionará más, no se aplicará nunca más, porque los hijos de resurrección ya no pueden más morir. Leamos Lucas 20: 35-36:

<sup>35</sup> mas los que fueron tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento.

<sup>36</sup> Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.

En esta respuesta de los dos versículos que acabamos de leer, el Señor estaba deshaciendo la burla de los saduceos, estaba exhibiendo lo que había en sus corazones, sus intenciones perversas de negar la resurrección, pues el

Señor les estaba diciendo a los saduceos: Sí hay resurrección y sí hay promesas, porque hay un Siglo venidero; es decir, el Reino Eterno al que Jesús llama “aquel siglo”. Ahora bien, quiero que note que el Señor se refiere tanto a “aquel siglo” como a “la resurrección de entre los muertos”, pues dice en Lucas 20: 35 parte (a):

<sup>35</sup> mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos...

El Señor dice las dos cosas, porque se está refiriendo a la primera resurrección, la resurrección para vida, y esta la alcanzará primero la Iglesia en el Arrebatamiento; seremos los primeros hijos de resurrección y entraremos al Milenio, reino que está antes del Siglo venidero o “aquel siglo”, es decir, el Reino Eterno.

Y nosotros, como hijos de resurrección, nunca más veremos muerte, tal como dice el apóstol Pablo en 1 de Corintios 15: 51-56. En nosotros se recuperará la imagen y semejanza de Dios que tuvo Adán, antes de pecar, y se cumplirán todas las promesas de este pacto y de los otros pactos.

(3) Con su respuesta, el Señor Jesucristo les estaba diciendo a los saduceos que los hijos de resurrección serán semejantes a los ángeles, en dos características que el Señor enuncia; veamos:

En el versículo 36 de Lucas 20 el Señor dice que: (a) seremos semejantes a los ángeles en que tendremos eternidad en la presencia de Dios, pues no

moriremos más, así como los ángeles que no mueren; (b) seremos semejantes a los ángeles en que seremos hijos directos de Dios, (ya no adoptados). Leamos otra vez Lucas 20: 36 (resaltados nuestros):

<sup>36</sup> Porque **no pueden ya más morir**, pues son iguales a los ángeles, y **son hijos de Dios**, al ser hijos de la resurrección.

(4) Finalmente, con su respuesta, el Señor les estaba diciendo a los saduceos que los hijos de resurrección son los hijos de Dios, y que son estos los que alcanzarán y obtendrán todas las promesas y los pactos.

El matrimonio levirático, siendo una obra imperfecta por estar vinculada a la muerte (a causa del pecado de Adán), nunca puede invalidar el pacto del Señor, su promesa y su herencia; el matrimonio levirático nunca puede invalidar los atributos de Dios ni su obra.

La pregunta de los saduceos atentaba contra la obra de redención del Cristo vivo; dicha pregunta quería anularla desde el principio, porque negar la resurrección es negar a Dios, negar su poder, negar su amor, negar sus atributos y sus obras.

Los saduceos plantearon un dilema, aparentemente con una sola salida, y es que no puede haber resurrección, porque tendría que seleccionarse un esposo para la mujer. Pero ellos ignoraban que el Siglo malo es diferente al Siglo venidero; que en el Siglo venidero todas las cosas son hechas nuevas, que no habrá memoria del Siglo malo, es decir, su sistema cesará; que las

leyes, como el matrimonio levirático, cesarán, porque ya no habrá más muerte, ya no habrá voluntad de sangre y carne, de varón y varona, sino que será la voluntad de Dios, del Padre, el Hijo y el Espíritu, la cual ahora opera en los nacidos de nuevo en el alma y del espíritu, en los cuales ya no rige la muerte, pues hemos sido resucitados. Pero el cuerpo también debe ser resucitado; estamos esperando la adopción de nuestro cuerpo para que podamos ser hijos de Dios directos, y obtengamos las promesas de la Tierra, el gobierno y la descendencia santa. Leamos Juan 1:12-13:

<sup>12</sup> Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;

<sup>13</sup> los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Cuando seamos hijos de resurrección, hijos directos, tendremos descendencia engendrada, ya no de voluntad de carne ni de voluntad de varón como ahora en la raza adámica, sino de Dios, descendencia santa.

En la siguiente prédica hablaremos de las otras respuestas del Señor Jesús a los saduceos, y sus poderosas enseñanzas.

LA PREDICACIÓN ORAL DE ESTE MENSAJE SE ENCUENTRA EN: Berea Films Barranquilla <https://youtu.be/yhGVV9OX7aQ>